

Memorias de un neno de aldea

Relatos, poesías y recuerdos



José Carballeira

PRÓLOGO

José Carballeira, natural de Momán, ayuntamiento de Xermade, provincia de Lugo...

Ufff, perdonad, me emociono. Es el prólogo de un libro que siempre soñé tener. La vida me brindó momentos duros, muy duros, y momentos de goce y felicidad; afortunadamente, estos últimos fueron mayores, sobre todo desde que entró en mi vida Marián, el amor de mi vida, a quien, junto con Matías Massa, dedico este libro: mi primer libro, mi libro soñado.

Decía que mi vida fue dura por momentos, pero también intensa y rica en vivencias. Alcancé una felicidad plena desde que, a los 25 años, conocí a Marián, mi esposa, compañera, consejera, confidente, amante... Lo es todo para mí. Es el centro de mi vida, junto con Diego, el hijo que me dio. Además de guapa, es una gran mujer, de personalidad exquisita y respetuosa, con una enorme capacidad creativa. Esa capacidad la llevó a crear lo que es y ha sido, desde hace más de cuarenta años, Marián Novias: diseños y costura con dos principios fundamentales, la elegancia y la exclusividad. No me bastaría ni el doble de páginas de este libro para hablar de ella, pero no me lo perdonaría; con su humildad, me diría: «El protagonista es el libro, eres tú...».

Sabía, estaba seguro de que este primer libro llegaría. El empujón final, el apoyo, el artífice fue Matías, mi gran amigo Matías, de Chaco, Argentina.

Gracias, lector. Gracias a ti, que me estás leyendo y con quien, de algún modo, me estoy comunicando. Es especial la emoción que se siente, la magia de llegar a lectores de muy distinta procedencia y de distintos países. Gracias, lector: sin ti, este libro no tendría sentido. Aquí tienes a un amigo. Si te gustó el libro, gracias por leerme; y, si no te gustó, puedes hacerme llegar un mensaje o una reseña. Lo valoro mucho, aunque no te haya gustado o aunque la reseña no sea bonita. Gracias.

José Carballeira

CAPÍTULO 1: RAÍCES EN MOMÁN

Las primeras huellas y el recuerdo de una aldea lejana

José Carballeira hoy; antes —ya lo veréis—, Pepiño. Recién pasada la frontera de edad que me acredita que, por estadística, estoy en la recta final de la etapa terrenal —y digo terrenal, aunque quizá no debería decirlo así, pues la tierra, como a todos, me espera—, no puedo ni debo marcharme sin aportar mi granito de arena y de experiencia a quienes me siguen en el camino de la vida, un camino sin retorno. Quedaré en muchos como una persona o un amigo al que tuvieron el gusto de conocer y, más gusto todavía, de recordar; un gusto que yo ya no podré compartir con ellos dentro de unos años.

Queda lejos aquel 18 de septiembre en que mi madre, en una casa de aldea, me trajo al mundo. Momán, en la provincia de Lugo, era una aldea remota: poco desarrollo, pocos habitantes y el nexo común entre los vecinos de luchar por la vida con una economía de subsistencia en el sector primario.

Momán, mi querido Momán, una aldea que se hace querer tan solo por el hecho de haber nacido allí. Éramos exactamente 301. No había estadísticas locales, pero a decir de uno de los ancianos, éramos unos trescientos, más uno que nació ese 18 de septiembre: yo.

De nombre, bautizado por mis padrinos —mis abuelos paternos, como mandaba la tradición—, me pusieron José Juan María.

Mi abuela Andrea sentía debilidad por mí. Así me lo manifestaba, con el cariño con que me trataba y los obsequios —galletas y caramelos— que me daba. «Ti sé boiño», me decía cariñosamente en gallego, con su voz dulce y una caricia en mis manos, «que che hei de dar un regaliño». Por cierto, creo que no me lo llegó a dar, o no lo recuerdo. Andrea... María Andrea, como ponía en tu partida de nacimiento; no sé si te lo pusieron tus padrinos o te lo pusiste tú, porque de todo eras capaz en memoria de la Virgen —y no una virgen cualquiera, sino la Virgen María—. Recuerdo a mi madrina, que en voz tenue acompañaba tus cuentas del rosario con un murmullo que, supongo, sería una oración.

Yo no sé si fue planificado o no, pero el hecho de nacer después del verano parece responder a una planificación. Allí, en Momán, todo se calculaba buscando el ahorro o la producción y, claro, nacer en pleno verano, en época de siega y de plantación, habría sido un incordio y un gasto.

El caso es que nací y me aceptaron con alegría. Era el segundo hijo; la primera había sido mujer, y supe más tarde que tener la pareja, hijo e hija, les había alegrado. Aunque también puede ser que prefirieran un varón porque, presumiblemente, significaba una mano de obra más valiosa cuando llegara el momento.

Como mi padre se llamaba José —Joseíño para mi abuela, su madre—, para distinguirme al referirme a mí, me llamaban Pepiño.

Pocos recuerdos tengo de la aldea, pero sé que era un lugar pobre, de mucho frío en invierno y sol quemón en verano. Viví allí hasta los tres años, y el recuerdo más antiguo que guardo es de cuando mi padre me sacaba al huerto que él y mi madre cultivaban. Además, él era zapatero, zapatero remendón, aunque acabó haciendo zapatos. Pero bueno, volviendo a lo del huerto: él me enseñaba las lechugas y pronto aprendí a reconocerlas. Como era tan comilón, me comía la mitad de una tortilla —y no comía más porque me frenaban— bien acompañada de lechuga.

Recuerdo muy vagamente a Arturo, un primo vecino, hijo de Edita, la hermana de mi padre. Me paseaba por una acera muy rudimentaria, aunque de hormigón, dentro de un cajón de madera con ruedas. Era una aldea de caminos, fango y zarzas, pero a mí me encantaba.

Y de Momán poco más recuerdo. Eso sí, cuando me entra la añoranza —que me entra—, me acerco a ver la vieja casa donde nací. Fue un parto natural, sin asistencia médica, porque Dios era Dios: más Dios que hoy, o igual de Dios, pero la gente creía más en Él e intercedía para que todo saliera bien. Eso decía María Andrea, mi abuela.

Yo, la verdad, no tenía gran apego a mi madrina, aunque ella intentaba por todos los medios que lo tuviera. Creo que en parte se debía a que mi madre tiraba más hacia la casa de sus propios padres, Nicolás y María. Culás le llamaban los vecinos; lo de Culás era Colás en gallego, y sonaba algo así como: «¡Ai, Culás!».

Mi abuela María era comprensiva y cariñosa, la gobernanta de la casa en el sentido más amplio, la cabeza de un matriarcado en el que su marido se dedicaba a trabajar en el campo, con el ganado, las ovejas y los caballos. Pero quien gobernaba era María. Culás, por decirlo con el humor de la casa, parecía poco más que mano de obra barata.

María llevaba un pesar muy grande consigo: la muerte de un hijo, Manoliño —así le llamábamos en casa—, durante el servicio militar. Fue un trago durísimo, pues solo recibieron la noticia a través de la Guardia Civil y una caja con sus efectos personales, entre ellos un reloj. Sentí de forma tan profunda aquel dolor que hoy sigo realizando trámites para averiguar dónde está su tumba, si en Jaca o en Zaragoza, pues tengo sospechas muy fundadas de que su muerte ni siquiera está inscrita en el juzgado de Guitiriz. Manoliño era pura bondad, ternura y desprendimiento.

Manoliño, descansa en paz. Nunca olvidaré tu última carta a tu hermana Carmen, mi madre, en la que le contabas tu pérdida de sangre y de salud, presagiando tu final allí en la mili, en Jaca o Zaragoza. Toda tu familia te añoraba y recordaba el día en que regresaste a Jaca tras tu último permiso en Labrada...

Manoliño, desde aquí, aunque no puedas oírme, tengo que escribirlo: fuiste muy llorado y recordado. Te encontraremos, Manoliño. De ti, con mis tres años de entonces, recuerdo el único día en que te vi. Estábamos en o Coutío, así le llamaban a una finca, y de repente Suso te vio venir y gritó en gallego: «¡Manoliño! ¡Aí vén Manoliño!». Todos corrieron a abrazarlo. Yo, solo y a punto de llorar, contemplé aquella escena, el único día en que te vi y que hoy permanece intacto en mi memoria.

Y bueno, voy a volver a Momán, porque empiezo a ver nublado y se me saltan las lágrimas al recordar aquel primer y último día en que vi a Manoliño. Volvamos al relato de nuestra vida en Momán.

CAPÍTULO 2: VIDA NA ALDEA: FEIRAS, TRADICIÓN E CURANDEIROS

Los días de Neda, las escuelas de antes y el alma de la tierra

En Los Pazos, Neda, la economía era algo mejor que en Momán. El aprecio de los vecinos era grande hacia nuestra familia, humilde y unida, cuyo valor principal eran la lucha y el trabajo, muy apreciados en aquel entonces. Los vecinos se volcaban a ayudarnos, pero todo era poco. No teníamos electricidad en casa y mi padre, ingenioso como él solo, decía que «había que ir trampeando». Así fue como llegó a un acuerdo con un vecino.



Hasta entonces, el candil de gas y el candil de carburo eran la única solución. El carburo consistía en un trozo de piedra que se introducía en una especie de cafetera con agua; de la reacción salía un gas por un conducto con una boquilla muy fina. Al aproximar una cerilla, se encendía una llama viva que iluminaba la cocina, los dormitorios y hasta las cuerdas. El cerdo, alimentado con las sobras de la comida, no podía faltar; era indispensable para aquella economía apretada,

aunque algo más holgada que la de antes. A veces pienso que aquel candil de carburo pudo haber explotado y causado una desgracia, pero, gracias a Dios, nunca sucedió.

Con el cable del vecino y la complicidad de un cobrador de la empresa suministradora (Fenosa), ya teníamos electricidad y una bombilla en cada hueco. Eran bombillas de muy poco voltaje que apenas alumbraban, y mis padres procuraban racionar el consumo, pues el trato con el vecino consistía en que él pagaba el mínimo mensual y mi padre el exceso. Aquel acuerdo funcionó hasta que un buen día el vecino tiró del cable y nos dejó a oscuras, de vuelta al candil de carburo y al de gas.

Mi padre tuvo que recurrir de nuevo al cobrador de Fenosa, a quien invitó a nuestra finca a comer todas las cerezas que quisiera y a llevarse otro tanto para su casa, con el fin de que hiciera la vista gorda en la instalación de un suministro legal con contador, conectado a la traída.

En medio de aquella penuria llegó una nueva hermana, Manuela, con lo que pasamos a ser cuatro hermanos y la vida se apretó aún más. Para sacarnos adelante, mi padre lo mismo iba a soldar de noche al puente del tren en Neda que a trabajar en la huerta o en lo que saliera.

Llegó la hora de ir a la escuela pública, a algo más de un kilómetro de casa, con un maestro para los niños y una maestra para las niñas. Mi padre, haciendo gala de su oficio de zapatero, nos fabricó unos zuecos de madera y cuero a los que aplicaba grasas en el exterior para impedir que entrara el agua. Mi madre nos abrigaba los pies con calcetines de lana, y así, con los zuecos forrados de goma en la suela para no desgastar la madera y con un cuero noble y calentito, emprendíamos camino a la escuela.

Me encantaba pisar los charcos cubiertos por una fina capa de hielo en los días de invierno y correr por el camino para oír resonar mis pisadas, mientras el hielo se incrustaba en el barro rígido. No era friolero ni especialmente receptivo a los mimos de mi madre; en la escuela era feliz. Recuerdo que a media mañana los mayores preparaban leche caliente a partir de leche en polvo disuelta en agua humeante. La tomábamos en el vaso que cada uno traía de casa; nos daba energía para correr y jugar. Éramos felices con muy poco.

Recuerdo bien al profesor, don Ricardo, con un pie mutilado por la amputación de varios dedos y su andar cansino, entregado y disfrutando mientras se esforzaba por enseñarnos a leer y a escribir. Eran tiempos de libros manuscritos de tapa acartonada, sin fotos y escuetos, fiel reflejo de una economía en la que los libros y la ropa pasaban de hermano a hermano. ¡Qué suerte tener hermanos a quienes dar y de quienes recibir!

Pronto tuvimos a quién más dar ropa y juguetes artesanales de madera. La fortuna quiso que mi madre tuviera en un solo parto a dos mellizos: Víctor y Florentino. Bautizados en Neda, fueron la alegría de la familia y de los vecinos, que se volcaban a ayudarnos. Aún me veo sentado en un cruceiro gallego, de mañana temprano, junto a toda la familia, esperando al cura para el bautizo al que acudieron parientes de Labrada y Momán. Hubo disputas cariñosas por ver quiénes serían los padrinos, que al final fueron mi tía Victoria y su marido Florencio —de ahí los nombres de Víctor y Florentino—.

Con seis hijos de corta edad, mi padre tuvo que redoblar sus esfuerzos, compaginando el oficio de zapatero con el de soldador. Mi madre economizaba cuanto podía y sacaba tiempo para cultivar la huerta, recoger cerezas, limones y otras frutas para vender en el mercado o a la tienda del lugar.

Recuerdo que mi madre se quejaba del mal estado del piso de madera de la sala y las habitaciones. Al hablar con el casero, este le dijo: «No se preocupe, se lo arreglamos; solo tienen que irse de la casa unos meses». En cuanto el casero se marchó, yo le dije entusiasmado: «¡Mamá, nos vamos, nos ponen el suelo nuevo y volvemos!». Pero mi madre, abrazándome entre lágrimas, me respondió: «No, hijo, no; si nos vamos, ya no nos dejan volver». Con seis hijos pequeños, el casero solo buscaba una excusa para desahuciarlos, calculando que con la venta de las frutas y la huerta casi nos salía gratis el alquiler.

La intuición y el temple de mi madre fueron decisivos. Para evitar las presiones del casero, me enviaba a mí a llevarle la renta a su casa, subiendo un camino embarrado y costoso. Allí me recibían con mirada huraña, contaban el dinero recontándolo y ni siquiera me daban las gracias ni un pedazo de fruta. En medio de aquella estrechez, recuerdo como un alivio el queso sabroso que llegaba a casa, decían que enviado por la ayuda americana.

El destino nos sonrió cuando mi padre comenzó a trabajar en la fábrica de puertas Peninsular Maderera, en A Malata (Ferrol). Iba casi siempre en el turno de noche, pedaleando unos 18 kilómetros en bicicleta desde Neda por un camino duro, cruzando la ría por el puente, pasando por Faisca en Narón y la carretera de Castilla.

Todo se aprovechaba. Unos conocidos de Neda, al ingresar el marido en la Marina como sargento fogonero, se mudaron a Ferrol. Querían leche fresca de Neda y mi padre se la llevaba diariamente en botellas. Como los domingos no trabajaba, la vendedora le daba esa leche a mi madre a cambio del transporte semanal. Creo que ahí, junto a la intuición de mi madre para adelantarse a los hechos, recibí mis primeras lecciones de la disciplina a la que años más tarde me dedicaría: la Psicología.

En Los Pazos éramos apreciados y fuimos felices. Teníamos huerta, fruta, gallinas y un cerdo para la matanza, además del auxilio que nos enviaban desde Labrada en forma de buenas patatas. También teníamos una cabra que ordeñaba mi madre para darnos leche fresca, hasta que un día nos la robaron. Los vecinos señalaron a «Perrito», un vigilante del canal de agua subterránea que traía agua desde el río Belelle hasta la Marina de Guerra en Ferrol.

En la escuela éramos aplicados e íbamos limpios. Al bajar a Neda a hacer compras, acompañado por mi hermana mayor Maricarmen —que apenas tenía diez años—, yo le hablaba en gallego por el camino y ella me daba un codazo diciéndome: «No hables en gallego, que te oyen; habla en castellano». Pero a mí se me escapaba la lengua materna, y a ella también. Recuerdo que un día en clase mi hermana pidió permiso para irse a casa y la profesora le preguntó qué le pasaba. «Es que me duele la guerja», soltó intentando adaptar *a gorxa* al castellano. Las carcajadas de los compañeros fueron sonadas.

Tres o cuatro veces al año mis padres nos llevaban a Labrada. Cogíamos el tren de vapor con vagones de madera hasta Betanzos, envueltos en el humo del carbón de la caldera. En Betanzos tomábamos el autobús de «El Rápido» hasta O Foxo o Siete Carballos, y tras una caminata de casi una hora llegábamos a Granxavella. Allí yo era plenamente feliz: me gustaba ir con las vacas a pastar, sachar las patatas y correr en pantalón corto entre los tojales tras el ganado, sin importar los

rasguños. Mi abuela María nos mimaba y siempre nos tenía preparada alguna *larpeirada*.

Guardo en la memoria la lluvia, el frío, la niebla constante que acariciaba el paisaje y a las mujeres de las fincas colindantes cuidando de sus vacas protegidas por paraguas, con el rosario entre las manos. Años después, inspirándome en aquellas escenas, la poesía brotó de forma natural en mi mente.

Labrada

*Miña Labrada bonita,
Labrada adorada.
O teu río cansino,
camiño de Parga,
baixa ledo e tranquilo
con muiños ao paso.
Campiñas e prados,
moitos máis muiños,
a cal máis bonito,
a cal o máis guapo.
As túas campiñas
pintadas de verde;
campiñas, Carmiña,
sentada no campo.
O tempo corría.
Que néboas lindas!
Desfrutar do teu verde,
de paisaxes limpas.
Campiñas que inspiran,
muiños de granito.
Campiñas, que lindas!
Que linda, Labrada!*



Esa poesía la elaboré a partir de mis recuerdos y vivencias. Desde los once años fui aficionado a la lírica. Con doce me atreví a presentarme a un concurso de poesía en Santa Marina (Ferrol). No gané, pero me quedó un pequeño consuelo: el premio lo obtuvo mi profesor de literatura del instituto. Ninguno de los dos sabía que el otro participaba. Aquel profesor me enseñó mucho y solía calificar mis relatos con notas altas, intuyendo en mí vocación de pluma, aunque mis versos fueron durante años una afición íntima que tardé en revelar a la familia.

Momán, Labrada y Xestoso me inspiraban: as veigas, os cordales, as corredoiras, a árbore da árnica, as pudias, as xestas, o toxo... La paisaxe galega es preciosa. Disculpad que intercale el gallego con el castellano; no busco solo entretener, sino transmitir alma, despertar pasiones y compartir mi amor por lo sencillo.

Pastando na veiga

*Brúa o vento na silveira
e lostrobega con ganas;
a velliña no curruncho
as súas oracións desgrana.
Pídelle a San Antonio
que lle coide o gado,
sustento e medio de vida
que na corda está gardando.
Un curruncho de xestas
e un mantelo por riba,
o rosario nas súas mans,
parroquia de Santa María,
a patroa de Labrada.
Podía ser en Momán,
Xestoso o Cazás, se cadra.*

CAPÍTULO 3: PRIMEROS AÑOS, LA ESCUELA Y LA MEMORIA VIVA

El trabajo del lechero, el otoño en Xestoso y el estudio de la tierra



Labrada, tierra de gente noble y buena; lugar de A Gandarela, una aldea verdaderamente hermosa.

Recuerdo las visitas a Xestoso y las ferias de Vilalba. Le ayudaba a mi tío, lechero de la parroquia. Iba con él a caballo, llevando dos bidones de unos cuarenta litros a cada lado, recogiendo la leche por las parroquias y haciendo sonar a *palleta* para anunciar nuestra llegada. Apenas unos pocos litros por casa: una economía de subsistencia donde el dinero de la leche servía para comprar azúcar, aceite y poco más. El resto —patatas, grelos, berzas y el cerdo con su cachucha, lacón, tocino y jamón— se criaba en casa. La ternera ni la probábamos, a pesar de que mi tío, junto con Antonio, de otra aldea de Xestoso, era tratante de ganado y compraba becerras por las casas para los carniceros de A Coruña.

Me acuerdo bien de aquellos días. Llevábamos la leche en el coche a Sete Carballos, y de allí un camión la trasladaba a las Queserías San Simón en Vilalba. Era leche natural que se analizaba en cada entrega: un dedal de leche mezclado con un dedal de reactivo. Se batían, y si la mezcla se cortaba, la leche no se podía recoger. Con solo once años, muchas veces mi tío me mandaba solo a mí. Madrugaba feliz, salía de casa en silencio y recorría el camino; pero cuando me tocaba decirle a una paisana que su leche daba mal y no se la podía llevar, lo pasaba realmente mal.

En una ocasión, mi tío me acompañó a caballo para recoger la leche, pero por el camino se encontró con su novia, la hermana de Antonio el de la cantina de Santaballa. Me dijo: «Tú sigue recogiendo la leche, que voy a acompañar a mi novia y te alcanzo más adelante». Y allí me quedé yo, con mis once años, al frente del caballo y los dos bidones por las corredeiras, casi de noche, en pleno amanecer. Cuando mi tío me alcanzó mucho más adelante, respiré aliviado. Ese fue mi primer recuerdo de Santaballa.

Hablando de Santaballa, no puedo pasar por alto Xestoso, un lugar dividido en O Alto de Xestoso y O Val de Xestoso: la montaña y el valle, ambos con paisajes que cautivan entre nieblas, tojos, xestas y *chorimas* (la flor del toxo). Xestoso es naturaleza pura, fragas y riqueza paisajística.

Paseando por Xestoso compuse estos versos que me brotaron del alma:

Chega o outono

*Chega o outono caladiño, ledos,
néboas que bican os montes,
murmulllos de follas ao vento;
aires puros acariñan
a paisaxe, doces bicos.
Os carballos, vellos, sabios,
desmelenados ao vento,
nos regalan os seus cores.
Grazas, outono, meu vello,
xa te temos por Xestoso;
nas fragas as túas follas,
Aí, meu Xestoso, quérote!*



Sinfonía de colores... Xestoso se deja vestir por el otoño y sus praderas se cubren de verde acariciadas por el viento. Es tiempo de setas, miel y castañas. Si el verano nos brindaba sol y playa, el otoño nos regala un espectáculo para los sentidos: las setas de los campos, la miel de las abejas y los castaños de los soutos.

Nas corredoiras cheira a terra

*Nas corredoiras cheira a terra,
a leña vella, a pan recente;
o mar distante chora nas rías
as saudades salgadas, silentes.
As caricias do outono,
folla nas fragas e leiras,
sinfonía de cores
en Xestoso, nas súas beiras.
¡Ai, meu Xestoso querido,
que te coiden e te queiran!
Que bonito é abondo:
fragas, campañas e leiras!*



Xestoso, Momán, Labrada, O Buriz, A Zalaroia, O Pumariño... lugares que enamoran y transmiten.

Eran tiempos duros. Yo estudiaba en Ferrol y mi ilusión era ir a la aldea cada verano con mis tíos y mis abuelos a ayudar en el trabajo del campo. Los domingos íbamos a la feria de Momán, a Parga o a Vilalba; o bien a misa, a tomar una cerveza o un vino de misa con unas galletas María. Estudiaba con ganas todo el año con la única motivación de pasar los veranos en la aldea. Para mí mis abuelos eran *padriño* y *madríña*, imitando a mi hermana mayor.

Por eso, gente de Xestoso, de O Val, de Santaballa, de O Foxo, de Momán y de Labrada, conocí la aldea de niño y fui profundamente feliz en ella. Recuerdo las fiestas: San Pedro en O Buriz, la Virgen de los Dolores en Labrada, A Cela en Monfero, los Remedios en Xestoso... Para la romería de los Remedios, días antes íbamos con mi tío a achicar tramos de río a cubos para coger anguilas y truchas que luego se llevaban a la merienda.

Disfruté de la aldea como el que más. Años más tarde, estudiando Bachillerato en Ferrol y posteriormente Psicología, tuve como profesor de Antropología al conocido profesor Fernández Rota (luego primer vicerrector del campus de Ferrol), quien realizó importantes trabajos sobre Xestoso: sus cruceiros, sus romerías y sus mallas. Mi abuelo tenía una máquina de mallar, así que asistí a muchas mallas donde la limpiadora y el motor constituían el corazón del trabajo.

Tengo que confesar que gracias a mi madre —psicóloga sin título, pues las madres son las mejores psicólogas de sus hijos— aprendí a mirar el alma humana. Si a esa psicología le sumamos el cariño con que nos trataba, es natural que surja la añoranza y se salten las lágrimas.

No quiero extenderme, solo recordar y agradecer de todo corazón a la gente de Momán, a mi primo Florentino, a mi querida Labrada y a sus lugares: O Pumariño, A Torre de Labrada, O Rodeiro, Xunto á Igrexa, A Balsa, San Mateo, Os Castelos, Vacariza, As Penas... Os llevo en el alma. Un abrazo de todo corazón.

La vocación de mis estudios de Psicología hunde sus raíces en Labrada, en sus gentes, en mi infancia y en sus vivencias. Las verbenas con orquesta cantando casi a pulmón, las señoras de luto escuchando la música de lejos por guardar el duelo... Todo aquello me marcó.

Aprendí también cómo los paisanos agudizaban el ingenio para conseguir de la tierra un rendimiento extra que les permitiera subsistir. De mi niñez en Labrada recuerdo un claro ejemplo de economía rural tradicional:

De muchacho, cuando iba a la aldea, los medios eran muy limitados, pero yo era tan feliz que estudiaba todo el año para que me dejaran ir a pasar allí los meses de verano. Casi puedo decir que aprobé el Bachillerato gracias a las ganas que tenía de volver a la aldea.

En las corredeiras, especialmente donde se empozaba el agua, los vecinos echaban tojos y los cubrían con algo de tierra. Llevaban los carros llenos de tojos, los descargaban y los repartían. ¿Lo hacían para que pasaran mejor los carros? No: lo hacían para que el toxo fermentara y se transformara en un excelente estiércol (*esterco*), favorecido por el paso de las vacas que, al pisar el barro, dejaban sus orines y excrementos. Luego, al llegar la siembra de las patatas o del centeno (el *pan*, como le llamaban en la aldea, con el que se hacía un pan delicioso para comer con tocino o chorizos), obtenían un abono rico y gratuito a cambio de un poco de trabajo.

Años después, siendo estudiante en la Universidad de Santiago de Compostela, leí un estudio de fin de carrera dedicado a este sistema de aprovechamiento, muy destacado por los académicos como un claro ejemplo de la inteligencia labriega en favor del ahorro y la tierra. Lo traigo a estas páginas porque es una lección de humildad e ingenio que no debemos dejar olvidar junto con las viejas herramientas: el arado romano, la vertedera, a grade de cainzos, o crabuño, o sachó, a azada e o gadaño.

Observando la prensa y conversando con amigos, me llamó la atención una esquila que decía *Ramón Julio...* y más abajo «*Julio das Tuxeiras*». Así, en gallego dialectal: *Tuxeiras*, tal como se decía en la zona.

Una ventana a la poesía. La poesía nos lleva a otro mundo, es un relax en el camino de la vida, incluso un relax en la lectura.

*Hai un lugar onde o mar se enamora,
onde o vento lle canta á mañá,
onde as olas, puntillas douradas,
chegan alegres á beira do mar.
Ai, miña Frouxeira, praia querida,
praia de amor, de sal e paixón,
onde cada recuncho da area
garda un latexo do meu corazón.
Garda segredos que nunca dirá,
segredos de amor, de goce e paixón,
segredos de noivos, amantes, queridos;
cóntalle todo, está caladiña,
miña Frouxeira do meu corazón.*

Una de las cosas que siempre me fascinó de las aldeas de Momán, Cazás, Xestoso y Labrada fue el habla y los nombres cariñosos con los que se bautizaba cada lugar: O Pumariño, A Zalaroia, Gatelle, As Pombas, Gandarela, As Ameixeiras, O Codeso, A Pigaroa, Lourán, Buriz, Canedo, O Esperón, As Restrebas, Sinde, Malloeiro, O Foxo, A Calvela, Pena Bicuda, O Seo, Estremil, A Gulpilleira, Os Carpizos, Cambás, Galiñeiro, Os Castelos, Margarida, A Granxavella, Cece, A Tarañeira, Os Carballiños, Couce na Veira, Drada, Cancelo, Tuxeiras... Nombres que todos llevamos en el corazón y que van unidos a fuentes, cruceiros e historias de lobos.

En la cultura rural, una esquela o un encuentro en cualquier lugar cita siempre la aldea de origen: se añade «*Julio das Tuxeiras*» o «*Julio de Balbina*». Identifica a la persona de forma más cercana y humana; tras su muerte, seguirá siendo siempre *Julio das Tuxeiras*. Ocurría lo mismo en la *mili*: cuando encontrabas a alguien que decía «soy de As Restrebas», ya se convertía en un medio pariente, en una tarjeta de presentación y de confianza. Conocer el origen abría las puertas y el corazón: «*¿E logo ti de onde vés sendo?*».

Este libro no pretende novelar ni buscar rimbombancia, sino reflejar el día a día sincero de una gente noble que se conforma con poco y vive despacio. El paisano gallego habla, dialoga y, en cuanto encuentra a un semejante con quien compartir recuerdos de tierras e historias comunes, abre su corazón.

¿Y la siega? ¿Quién que haya sido niño de aldea no oyó hablar de la siega en Castilla? El término «Castilla» englobaba genéricamente todas las campañas agrícolas fuera de Galicia, ya fueran en La Mancha, Extremadura, León o Andalucía. «Ancha era Castilla», y hacia allí partían los hombres a buscar el pan.

CAPÍTULO 4: CAMINOS, SOMBRAS Y LA ECONOMÍA DE SUBSISTENCIA

La siega en Castilla, el romance con la sombra en A Frouxeira y la escuela de San Isidro

Recuerdo las conversaciones familiares durante las sobremesas de las fechas señaladas, especialmente el día del patrón, cuando mi abuelo nos hablaba de «cando fun a sega a Castilla».

Contaba que fue varios años y que en más de una ocasión realizó el viaje a pie, bajo un sol tórrido combinado con mañanas heladas durante las interminables caminatas y jornadas de siega. Nos mostraba los *dediles* (*os dedás*), unos cilindros de caña de bambú que se ajustaban a los dedos para evitar cortes producidos por la hoz, de hoja más fina y curva que las gallegas.

Nos hablaba también del queso castellano de oveja o de mezcla, en piezas redondas de unos tres kilos, que consumían en la sobremesa para reponer fuerzas y sofocar las fatigas de la jornada. Mucho le debe el mercado castellano a Galicia por la propaganda espontánea que los cuadrilleros gallegos hicieron del queso de Castilla a lo largo de décadas. En las tabernas acompañaban el queso con unos *chiquitos* de vino, término importado de la emigración a Bilbao y a los pueblos del valle del Cadagua (Elgóibar, Sestao, Barakaldo).

Estas evocaciones me traen al recuerdo a los campesinos que utilizaban el trillo para desgranar el cereal, y la célebre casa de comidas *Los Trillos*, en Burgos, regentada por un buen amigo a quien suelo visitar. Este empresario tuvo la audacia comercial de adquirir el histórico yate *Azor* a la Armada en Ferrol y trasladarlo a Burgos para instalar en él sus fogones y despachar el afamado cordero asado.

Estar en la siega en Castilla infundía un respeto especial en las conversaciones de sobremesa de la aldea, más aún si la escena se acompañaba con un vaso de vino y un trozo de queso artesanal.

Entre recuerdos y lecturas, bien vale hacer una pausa con un trago suave de poesía:

El poeta y el pan

*Anoche desde el balcón
a un poeta vi llorar,
debajo de una farola
comiendo un trozo de pan.
Al entrar en mi casa,
a mamá fui a preguntar:
—Dime, mamá querida,
¿viste a un poeta llorar?
Y cogiéndome en sus brazos,
me vino a contestar:
—Los poetas también lloran,
¿por qué no van a llorar?*

Haciendo un paréntesis en el hilo narrativo, confieso mi pasión de adulto por las largas caminatas en la playa de A Frouxeira, en Valdoviño, donde suelo pasear en compañía de mi sombra.

A veces discutimos. Mi sombra es retranqueira, testaruda y bien gallega. Va delante o detrás según le apetezca al sol, pues al final me di cuenta de que ni yo ni ella mandamos: el mando lo ostenta el astro rey. Pero como soy listo, cambio el rumbo a mi antojo para obligarla a seguirme. Algún día de lluvia se niega a salir y me deja caminando en soledad; sin embargo, sé que nació gallega y morirá conmigo. Por la tarde se estira elegante y a mediodía, fatigada, camina pegadita a mis pies.



Mi sombra y yo

*Mi sombra y yo jugamos
cuando el sol sale a brillar:
ella corre por el suelo
y yo la intento alcanzar.*

*Mi sombra corre mucho,
vaya delante o detrás.*

*Cuando va por delante,
no la puedo adelantar;
y si delante voy yo,
a mi lado siempre va.*

*Detrás, delante o a mi lado,
solo no me deja estar.*

*Si el día se nubla un poco,
a esconderse rápida va
y me deja caminando,
caminando en soledad.*

*Por la noche ni me mira,
desaparece al marchar,
pero al alba, bien coqueta,
me vuelve a acompañar.*

*Haces todo lo que quiero,
¡qué feliz me siento yo!
Si me faltas mucho tiempo,
este mundo se acabó.*

*Será que ya me he muerto,
pues la vida te la doy yo;
nos moriremos juntos:
eso sí que es amor.*

Retomando el hilo de nuestra infancia en Neda, evoco la escuela de San Isidro, situada en la ladera de A Peteirella, una montaña tupida de helechos, pinos y eucaliptos. La escuela ocupaba una antigua casa de campo con una *lareira* central donde quemábamos leña. Allí, a media mañana, disolvíamos en agua hirviendo la leche en polvo que enviaba el Ministerio de Educación en sacos de cincuenta kilos.

A veces nos escapábamos al monte a buscar hongos gigantes a los que los mayores llamaban *pan de raposo*. Recuerdo un día de intensa nevada en el que a Lino, un muchacho decidido de la familia de *Os Carrizos*, se le ocurrió atar a un niño llamado Jaime a un castaño y sepultarlo a bolas de nieve. Nos fuimos a clase dejando al pobre Jaime pidiendo clemencia. Una hora más tarde llegó el muchacho calado y agitado, pero ante las preguntas del maestro don Ricardo guardó el secreto sin delatar a nadie.

En otra ocasión, don Ricardo nos encomendó a Joaquín y a mí la misión de bajar a Neda a buscar un saco de cincuenta kilos de leche en polvo. Conseguimos un carro de mano y, con apenas nueve y diez años, emprendimos la ascensión por una rampa embarrada de casi el diez por ciento de desnivel. Nos llevó más de tres horas de duro esfuerzo, empujando y haciendo pausas. Al llegar a la escuela, Lino sugirió colocar el saco junto a su pupitre carcomido. Al día siguiente descubrimos su estratagema: había pinchado el papel con una chincheta y por el agujerito aspiraba goloso la leche en polvo.

Así transcurría nuestra niñez: entre travesuras, trabajo e ingenio. En los recreos jugábamos al escondite, al *briló* y a *A Ralla de Francia*, un juego de estrategia que consistía en colocar dos montones de diez piedras a modo de porterías separadas por una línea central y cruzarse al campo contrario para capturar las piedras del rival sin ser atrapado.

Hay una playa, A Frouxeira, en Valdoviño, que tiene algo de místico: leyendas, secretos y una magia que cautiva. Es un refugio para mucha gente. A mí me inspira...

Promesa na Frouxeira.

*Paso leve, suave, soñando
pisando suave la arena
la brisa la acaricia, sueña
suelta sus penas al viento.
Desgranando sus secretos
en Valdoviño sus sueños
suspirando amor eterno
promesas de amor sincero.
Promesas lanzadas al viento
prometo que yo te quiero
Frouxeira, eres testigo
a él solo yo quiero.
Y soñando yo lo espero
donde el mar se vuelve vigía
muy cerquita, en la orilla
allí soñando, cada día
con mi amor más puro
mi sentimiento en el cuerpo
en Valdoviño te espero
Frouxeira, eres testigo
En Valdoviño, te espero.*

CAPÍTULO 5: RECORDOS DE LABRADA, XESTOSO E A MOCIDADE

El ingreso en el instituto, las Casas del Obispo y las fragas de Caaveiro

La escuela de Neda constaba de dos alas: la de las niñas a la derecha y la de los niños a la izquierda, en un edificio luminoso con amplios ventanales.

En la fachada asomaban briznas de *xebra* (algas secadas al sol) mezcladas en la masa de mortero para economizar cemento y arena; casi todo valía en aquellos tiempos. Al estar junto a la ribera, en los recreos o al salir de clase bajábamos a la playa a coger berberechos, mejillones y *minchas*. Los sábados acudía el cura don José a impartir catequesis y ejercicios espirituales.

Neda era una real villa de gente trabajadora: muchos hombres trabajaban en el astillero Astano en la construcción de petroleros, mientras otros compaginaban el campo con el marisqueo y la extracción manual de arena de la ría.

Allí me preparé para el examen de ingreso al Bachillerato en el Instituto Concepción Arenal de Ferrol, el único de la comarca. Me esforcé al máximo y logré aprobar a la primera. Recuerdo con emoción cómo la esposa de don Carlos, el maestro, al enterarse del resultado, me dio un caluroso abrazo para premiar mi esfuerzo, pues fui el único alumno de la escuela en dar aquel paso.

Por entonces mi padre trabajaba sin descanso como zapatero, carpintero y soldador. Había comenzado a edificar una humilde casa en O Puntal (Neda), pero, al aprobar yo el ingreso, hablaron con don Jesús, párroco de Santa María de Neda y oriundo de nuestra misma aldea. Con su mediación vendieron la vivienda a un extremeño apellidado Matamoros y solicitaron un piso en la barriada social de Las Casas del Obispo (Patronato San Rosendo), impulsada por los obispos Argaya Goicoechea y Araujo entre A Gándara y Narón, junto a la linde con Ferrol y al lado del autobús del instituto.

Instalados en las Casas del Obispo, con quince años recién cumplidos, la etapa del Bachillerato representó una apuesta de mis padres por mi futuro a la que no podía fallar. La integración fue fluida entre nuevos compañeros y la memoria viva de Momán, Labrada, Xestoso y Neda siempre presente en el corazón.

Momán, con su carballeira de castaños viejos, su capilla coqueta y la cadencia de sus lugares (A Zalaroia, A Pigaroa, A Candieira, O Vidueiro, A Cerdeira, Poupariña...); Labrada, cuna de labradores y limpiadoras mecánicas de trigo; y Xestoso, parque natural de fragas, ríos, santuarios y leyendas como *A Pisada de Roldán*, *A Carballeira do Dez*, a capela de San Cosme o la misteriosa *Serra da Loba*.

A poca distancia se alza el monasterio de Monfero y la capilla de Breamo, oteando el río Eume al acariciar las Fragas de Caaveiro, donde la propia Rosalía de Castro y su esposo Manuel Murguía descansaron e inspiraron parte de su inmortal obra.

En las Casas del Obispo vivimos unos años inolvidables. La barriada contaba con la impagable labor del cura don Luis, rector de la parroquia de Santiago Apóstol, quien supo crear una verdadera comunidad a través del fútbol, las fiestas y el teleclub. Formamos una pandilla entrañable de amigos: Tinolo, Pepón, Luís, Juan Ramiro, Maribel, Paco Cruz, José Cruz, Bevita (Eva), Marcial, Manolo, Gonzalo, Julio, Victoria, Alfonso, Andrés, Fernando, mis hermanos Maricarmen y Manolo, y yo mismo.

Íbamos juntos a las romerías cantando rumbas («*Por el río Nervión pasaba una gabarra...*»). En Carnaval gastábamos inocentadas simpáticas: atábamos con una cuerda floja los pomos de dos pisos enfrentados y llamábamos a ambos timbres a la vez, escondiéndonos para oír las protestas de las vecinas al tirar en vano de sus puertas.

En unas fiestas patronales, hacia las dos de la madrugada, a nuestro recordado amigo Luís se le ocurrió organizar una quemada nocturna en el monte. Nos acercamos con respeto a la pareja de la Guardia Civil de servicio y le expusimos el plan al sargento. El hombre nos escuchó con atención paternal y nos dio permiso hasta las cinco de la mañana a condición de cuidar el fuego.

En otra ocasión, cuando a mi padre le sustrajeron su SEAT 600, fuimos juntos al cuartel de la Guardia Civil. El guardia le aclaró amablemente que no se trataba de un robo, sino de un «hurto de uso», y efectivamente el coche apareció intacto a las pocas horas. Aquella Guardia Civil de la época era dialogante, humana y respetuosa.

La disciplina y la estrechez económica familiar eran la brújula que regía nuestro hogar. Rendimos aquí tributo a la abuela materna y a la madre en la dura labor cotidiana del campo:

Carmiña, ai Carmiña

*Carmiña, ai Carmiña,
vén acá, non tardes,
miña nena pequeniña,
vasme facer un favor:
vai á palleira de arriba,
ao niño da galiña moura
que onte ovos xa tiña.
Que xa van vir os homes,
voulles facer unha tortilla;
han de vir moi cansados
de traballar todo o día.
Traballando no monte
para facer unha leiriña,
cavando co ligón
meus homiños todo o día.
Queimando logo os terróns,
lume para catro días,
a borralla que alimenta
a terra de nosa vida.*

CAPÍTULO 6: AS MALLAS, A TERRA, O GRELO E O TOXO

El neno leiteiro, el encuentro con el lobo y la sabiduría del cocido

El principio del ahorro regía cada instante del hogar. Mi abuela aplicaba una curiosa táctica económica en las comidas: primero servía la tortilla, la carne o el jamón, y en segundo lugar el caldo de berzas y nabizas hasta hartar. De haber servido primero el caldo, los comensales habrían reservado espacio en el estómago para la carne; de este modo, con productos de la huerta, la familia quedaba satisfecha al menor coste posible.

A los once años asumí con orgullo el oficio de *neno leiteiro* por la parroquia de Santa María de Labrada. Madrugaba a las siete de la mañana para recorrer las casas a caballo, transportando dos bidones amarrados con sogas y haciendo sonar la *palleta* (una suerte de cornetín metálico que anunciaba mi llegada a los vecinos). Mi abuelo cubría la otra mitad de la parroquia, la Aldea de Riba, a lomos de un burro. Todos convergíamos hacia las doce del mediodía en Sete Carballos para entregar la leche al camión de las Queserías San Simón de Vilalba.

Recuerdo una mañana de invierno, hacia las siete y media, en que avanzábamos por un camino hondo y embarrado envuelto en densa niebla. De pronto el caballo se detuvo en seco, erizó las orejas y se negó a dar un solo paso, amenazando con encabritarse si lo incitaba. Con ternura le hablé suavemente al oído y le acaricé el cuello tenso hasta que volvió a andar. Al mirar a la derecha vi alejarse despacio entre la niebla a un majestuoso lobo ibérico. Al contarle en casa, mi abuelo comentó sin inmutarse: «Bó era o lobo», mientras mi abuela y mi tío me pedían preocupados que no regresara; pero yo continué cumpliendo con mi deber.

Cuando a los catorce años mi padre acudió a buscarme a la aldea para regresar a Las Casas del Obispo tras dos meses de verano, me despedí entre lágrimas camino del coche de línea regular. Ya arrancaba el autobús cuando vi llegar a mi tío corriendo y gritando al chófer que esperara. Con el corazón dando un vuelco pensé que venía a pedirle a mi padre que me dejara unos días más, pero al llegar a

la ventanilla me dijo fatigado: «¡Pepiño, que non me deches as entregas del leite de cada casa!». Triste, le recité de memoria la lista de litros de cada paisana. En el autobús saqué mi cuaderno de notas y vertí sobre el papel las vivencias que años más tarde encajarían con las lecciones de Antropología del profesor Fernández de Rota en la Universidad.

Co bico baixo

*Co bico baixo,
o frío por compañía,
a velliña co mantelo
polo camiño das brañas
cara á igrexa baixa.
Vai soíña a velliña,
o vello queda leirando,
atendendo os animais
e a casiña quentando.
Tempos aqueles que foron,
o velliño case chorando;
a velliña a cumprir co precepto,
por Xestoso camiñando.
«Moi soíña vés, María,
onde che vai o Perfecto?»
«Queda estrando nas cortes,
as vaquiñas alindando;
coida dos animais,
o lugariño gardando».
«Non te preocupes, María,
e ti cumpre co precepto:
limosnilla na boeta,
xa que non veu o Perfecto».
Deus coide da casiña,
queda pensando María,
a limosna na boeta,
o crego a sacristía*

*e el co pano secando
as bágoas que lle caían:
María, triste e chorando.*

El profesor Fernández de Rota (antropólogo que realizó su tesis sobre las tierras de Monfero y Xestoso bajo la dirección de Carmelo Lisón Tolosana) inmortalizó en sus estudios las costumbres rurales, las mallas y la célebre *Pisada de Roldán*, una huella mítica en la piedra situada cerca de la capilla de San Victorio en la Serra da Loba, repleta de mámoas prehistóricas. Mención especial merece la aldea natal de mi madre, Os Vilares (Guitiriz), cuna del gran poeta Xosé María Díaz Castro, a quien sus vecinos erigieron un monumento e inspiraron la comunidad literaria *Os Vilares, lareira de soños*.

De niño asistí a las tradicionales mallas de trigo y centeno (pan). Cada casa disponía de su propio horno de piedra alimentado con leña de toxo y carballo. Se amasaba el pan utilizando fermento de la hornada anterior y se vigilaba el punto de cocción, reservando siempre unas bolas calientes que comíamos acompañadas de leche fresca recién ordeñada.

Para dominar el arte de la huerta gallega conté con las enseñanzas de «O Catedrático» (mi cuñado Luis). Él me explicó la lección magistral del grelo: del nabo surge un primer brote primario que debe dejarse crecer durante diez o quince días bajo un tiempo frío y lluvioso. Una vez cortado ese primer grelo, el nabo reacciona de forma prodigiosa dando lugar a entre cinco y siete nuevos brotes secundarios, infinitamente más tiernos y sabrosos.

El verdadero cocido gallego requiere maestría en la selección de las carnes curadas al calor del hogar —lacón, tocino, chorizos, unto de la casa y un trozo de ternera—, acompañadas por un buen vino tinto. Después llegan las orellas, los freixós y las tostadas de postre, y la velada culmina con café de pota y licores artesanales traídos de los legendarios alambiques de Betanzos o Melide.

CAPÍTULO 7: O PASO DO TEMPO, A MEMORIA E A MIRADA ATRÁS

El cantar del toxo, la voz del grelo y la despedida del caminante

Eran tiempos de estrecheces económicas donde el uso ingenioso del toxo ayudaba a salir adelante, del mismo modo que la recolección de plantas medicinales como la *árnica*, a *herba das verrugas* o la corteza de *sangriño*, que una vez secas se vendían para la elaboración de remedios naturales. Recordar el esfuerzo de las generaciones que nos precedieron nos hace reflexionar sobre la base que sostiene lo que hoy somos. ¡Gracias, abuelos; gracias, paisanos!

El toxo de Xestoso posee una belleza inigualable: florido y radiante, es un auténtico regalo para la vista. Xestoso cautiva, enamora y hechiza. Sus parajes (Val de Xestoso, Alto de Xestoso, Canedo, Fraga dos Curros, Capela de San Vitorio, Serra da Loba, Graña do Crego, Salto do Coello, Carballeira do Dez, O Bidueiro, As Dureixas, A Escoitadoira, Leireta, O Esperón, A Calvela, As Restrebas...) parecen nacidos de las entrañas de la tierra, envueltos por una niebla mágica que todo lo acaricia.

Aquel Xestoso de antaño —de corredoiras, zuecos, carros con *fungueiros*, fuentes en la roca, abubillas, lavanderas, cuadrillas de segadores, el trago de vino tras la misa, el cuco, el cantar del carro, la *chedeira*, a *cabezalla*, os *estrobos*, las mallas, la maestra, el zapatero, la costurera, el fútbolín, los velatorios en las casas, las señoras con mantelo, los hierros de los caballos, el aroma a hierba seca, la limpiadora, el ferreiro, el sonido de a *palleta*, los carámbanos en los tejados y la saqueta de la merienda— se nos está yendo...

Se nos van tantas cosas: la dignidad de la palabra dada, los tratos con un apretón de manos, la solidaridad entre vecinos, la familia extendida, la sonrisa sincera y la vida sin zancadillas. En estos tiempos de hipercomunicación digital hablamos menos, nos respetamos menos y confiamos menos. ¿O será tal vez que me estoy haciendo viejo?

Rindo tributo a la popular *Feira do Grello de Xestoso* dando voz al propio grelo en un tierno monólogo:

«A veces me pongo triste. Notaba el cariño de la gente cuando se sentaban conmigo a la mesa, pero, al pasar la temporada, me daban la espalda. Agradezco el frío de invierno, que me hace crecer sabroso y tierno. Algunos dicen entre bromas que soy “un viejo verde”, pero yo soy ecológico y amo la naturaleza. Cuando llega marzo y aprieta el calor me pongo acedo y amargo, pero mi corazón es generoso. Os invito a todos a venir al Canedo a comer conmigo y con mis amigos: el chorizo, la costilla, los garbanzos y la patata. ¡Estáis todos invitados!».

Recuerdo con profunda emoción el año 2007, cuando le anuncié a mi padre que se celebraba la I Festa da Verza Riza de Labrada. Se le iluminó el rostro y los ojos se le agrandaron de alegría: «¿Y se me llevas?», me pidió. Durante todo el trayecto habló entusiasmado de sus recuerdos de infancia y de sus años de zapatero en la parroquia.

Al llegar al campo del Palomar, junto a la iglesia de Labrada, nos encontramos a un hombre campechano sentado en el remolque de un tractor repartiendo pan y vino a los vecinos y conversando con todos: era don Luis Ángel, el queridísimo *Cura de Xestoso*. Un hombre bueno, promotor infatigable de la comarca, fundador de la Universidad Senior de Xestoso, del Consello de Vellos de Labrada, del Consello de Anciáns de Xestoso y pionero en calificar al grelo de Xestoso como «el espárrago gallego». Por sus obras los conoceréis. ¡Salud y larga vida a don Luis Ángel y a las gentes de Labrada, Xestoso y Momán!

E non podo —non podo nin quero— deixar de facer un canto á ría, a ría que baña lugares, pobos e aldeas do que chamamos Ferrolterra. É tamén unha chamada a defendela:

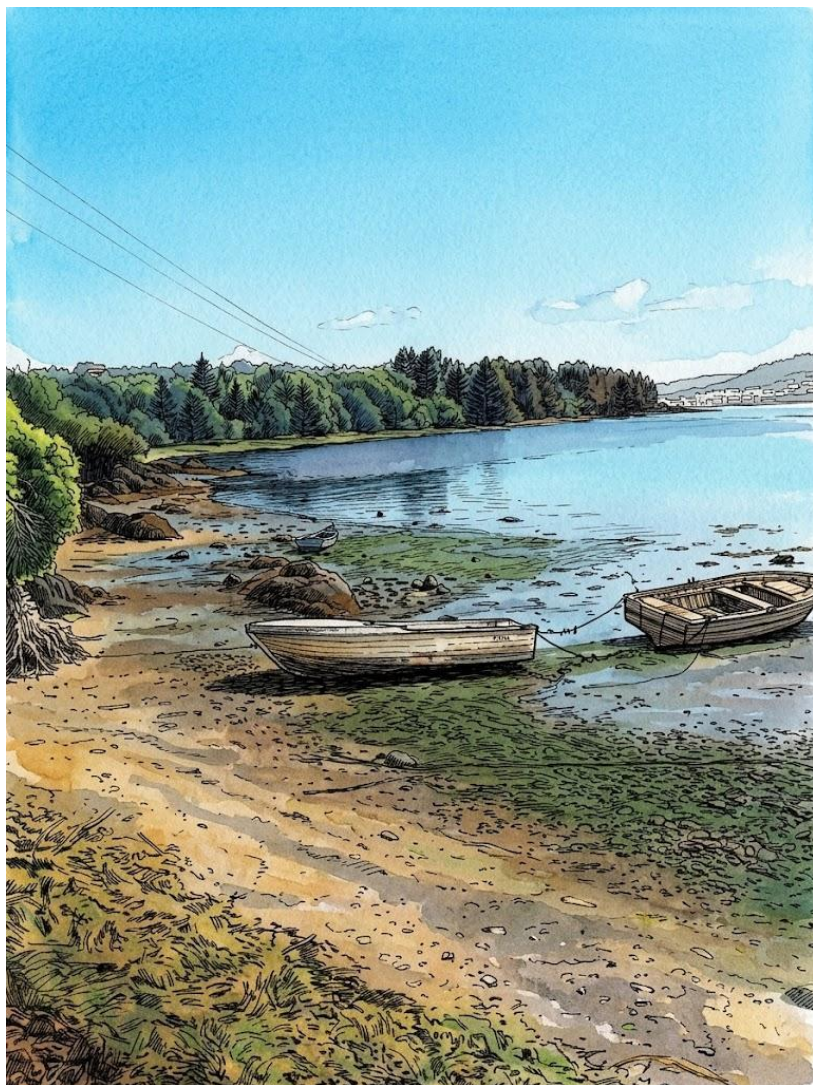
Gústame pasear á beira da ría, a nosa querida ría, que tanto nos deu e que tanto coidamos noutros tempos. Agora, precisamente cando máis nos necesita, cando precisa que tiremos por ela e a levantemos, dámoslle as costas.

A Gándara, O Couto, Neda, Caranza, Mugardos, Maniños, Xubia, O Puntal, San Valentín, Os Subarreiros, Barallobre, A Malata, A Graña, mesmo San Felipe, San Cristóbal, Cariño, A Parrocheira e Ferrol Vello... Area, mexillóns, berberechos, fanecas, camaróns, miñoca, plancto, augas vivas, parrochas, sardiñas, paxaros e gaivotas. Agora miramos o ferro, os barcos e unhas augas que ás veces cheiran. Ai, aquela ría de tanta riqueza, de augas limpas, de sombras, mariscos,

lanchas e gamelas; gaivotas voando detrás das embarcacións e peixe acabado de coller. Ai, quen a tivera de novo así.

Xa temos progreso, si, pero o progreso non debería significar enterrar a ría. Está moi ben a industria, sempre que non mate o mar nin a terra. A nosa ría xa non cheira sempre a fresco; as gamelas parecen tristes, laiando na auga. Deixemos un anaco para os netos que veñan: un cachiño de ría con vida, co cheiro do mar e coas súas belezas. A ría de Ferrol, canto lle debemos: riqueza, beleza, calidade de vida. É fonte de riqueza, e con cada navallazo que recibe morre un pouco a ría e morre un pouco Ferrolterra.

R.I.P. á ría? Non. Unha salve por ela. Berremos todos xuntos: imos defendela!



Naquela ría, cada verán, case cada día, bañabámonos os amigos e a pandilla. As fins de semana xuntábanse as familias; cada unha buscaba acomodo no piñeiral, sobre a herba e á sombra das árbores: piñeiros, loureiros, carballos, castiñeiros, salgueiros... Alí, xuntos, parolabamos e preparabamos unha sardiñada. As sardiñas

ían á grella e, para gustos, mesmo se envolvían en follas de parra das que medraban preto da nosa querida ría.

Recordo percorrer a ría no bote do meu amigo Casteleiro, máis tarde capitán de barco mercante. Quen llo ía dicir? El soñábao, aínda que o vía lonxe, e gozaba connosco, cos amigos, daqueles paseos pola ría, que alternabamos coa recollida de mexillóns, nécoras, ameixas, berberechos, cangrexos e chocos. Que delicia aquel peixe de augas limpas, acabado de coller, á sombra ou na que chamaban Finca dos Frailes, na Gándara.



A ría de Ferrol asómase á súa bocana entre castelos: o Castelo da Palma e o Castelo de San Felipe. Aquela abertura deixaba entrar o aire de máis alá da ría, o cheiro a peixe fresco, marisco e mexillóns. Iamos collelos e levabámoslos para a casa; durante a semana, as nosas nais preparábanos con patacas, con arroz ou en salsa. Unha delicia, un bocado exquisito, como tantos produtos da ría.

Recordo A Pereira, A Caleira, o Camiño da Caleira, Caranza, As Pedras... lugares onde se collían os camaróns máis ricos que comín na miña vida.

Eramos felices. As fins de semana había ría, praia e festas en Ferrol, Ares, Mugardos, Maniños, Fene... Sería longo citar todos os pobos que, arredor da ría, celebraban en datas sinaladas o patrón, o santo parroquial ao que se dedicaban as festas.

Recordo as festas de Santa María de Neda, unha pequena vila —e, sobre todo, unha parroquia— onde as celebracións se alongaban durante oito días: bombas de palenque, tiovivo, voadoras, toldos, postos de xoguetes, gaiteiros, orquestras... Festa rachada, que dicíamos, vivida cunha unión entre veciños que hoxe custa atopar.

E, para pasar o tempo entre semana, ao caer a tarde, xogos populares: a billarda, a raia de Francia, o brilé... mil xogos arredor dun balón ou dunha pelota.

Moitas vivencias foron calando en min e forxando o carácter, sempre en contacto coa xente e co pobo. O título de psicólogo viría máis tarde, pero eu xa me ía formando naquelas experiencias de cada día. Enriquecían a miña mente e o meu interior e facían nacer en min, de maneira case innata, unha mirada psicolóxica alimentada por primos, amigos, familia e xente da aldea. Para min, a psicoloxía nace tamén do contacto coa xente auténtica do pobo.

Mi vocación por la psicología nació en Momán y floreció entre las vivencias de Labrada y Xestoso: fiestas, ferias, juegos de peón, billarda, escondite... Eran experiencias continuas que iban forjando mi interior y hacían brotar un sexto sentido: la pasión por la gente y por los orígenes. Sin ser consciente de ello, observaba costumbres, situaciones y formas de relacionarse. Casi podría decirse que hice la carrera al revés: primero completé el trabajo de campo y la experiencia humana en el mundo rural y, años después, acometé los estudios universitarios en la facultad.

Mi trayectoria vital transcurrió entre el trabajo en la banca, la reconversión industrial en los grandes astilleros de Ferrol y la alta gestión comercial en empresas privadas, donde aprendí que la clave de todo éxito reside en la empatía, el trato humano y el respeto a la palabra.

El trato humano y el hecho de haberme relacionado con gente de aldea, abuelos, tíos y dirigentes de empresas forjaron mi carácter y fueron un complemento que apuntaló las bases de mi formación en psicología.

Tuve amigos auténticos que calaron en mí. Recuerdo a Andrés Suárez, más tarde psicólogo y gran cantante, con una voz y un timbre capaces de dar a cada canción una entonación deliciosa. Con el tiempo —de casta le viene al galgo— transmitiría su voz y su creatividad a su hijo, Andrés Suárez, magnífico compositor y trabajador incansable, con raíces, como su padre, en Cedeira, Ortigueira y, cómo no, Pantín.

Andrés Suárez padre y yo nos sentábamos en un parque y la sintonía brotaba sola. Lo mismo cantábamos «Catro vellos mariñeiros» que «Nunha lancha de Marín». El contacto con el pueblo, con las raíces y con lo auténtico nos alimentaba siempre.

De ahí me viene mi amor por la música de raíces populares, por todo tipo de música, por la composición y por el canto. Andrés fue para mí un maestro en ese terreno.

O canto de taberna. En Ferrol, Andrés e mais eu iamos ao instituto, ao «insti», como lle chamabamos. Falábame de Ortigueira, dos pescadores e dos mariscadores. Tiñamos unha sintonía total e eramos observadores non só do contorno, senón tamén das persoas; gustábanos descubrir a alma da xente. Os dous estudabamos psicoloxía, e todo aquilo axudoume moito máis tarde no mundo comercial: o trato coa xente, fose rica ou pobre, directiva ou empresaria. Encantábame e ségueme encantando ese contacto. Que delicia cando vou a Ferrol e teño a oportunidade de escoitar os Tabernícolas Ferroláns: espertan en min o pasado e os costumes. Antes, en Ferrol, cantábase na taberna, na rúa, nas barberías... mentres se agardaba a quenda. Porque antes non eran salóns de peiteado: eran barberías.

Falando de barberías, papá: ata o máis alá debe chegarche a lembranza de cando me facías volver ao barbeiro para que me cortase máis o pelo...

Cando estabamos no instituto, no «insti», iamos á estación do tren no recreo e alí, nun recuncho, cantabamos. Por certo, había un sinal de tráfico na parada do bus —así lle chamabamos, e non sei por que— que quedou alí, fixa, quieta, como apampada, escoitándonos. Tanto foi así que unha árbore acabou engulíndoa. Si, si: enguliu o sinal. Mirade:

É unha foto única, orixinal miña, tomada antes de que a árbore terminase de engulir o sinal, como se a escoitásemos berrar: «Voute comer!». E acabou coméndoa.

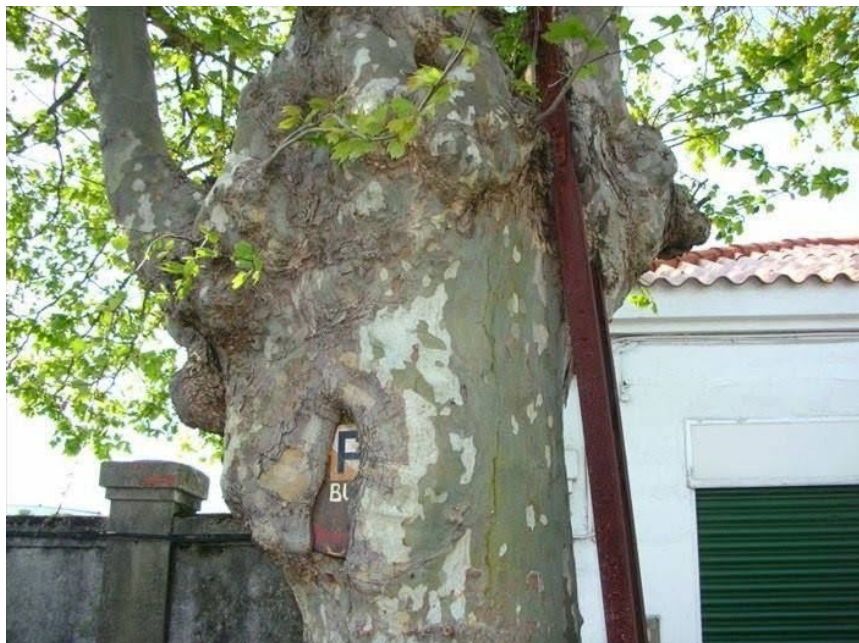


Foto orixinal de José Carballeira, preto da estación de Renfe de Ferrol.

E, cando podía, ía a Labrada. Xa era un rapazolo; gustábame ir ás festas, facer escapadas a Xestoso e deixarme inspirar polo lugar, polos aires e pola xente. Daquelas paisaxes seguían nacendo versos como os que xa foron aparecendo nestas páxinas.

A miña constante era o contacto coa xente, co ambiente, co pobo, coa aldea: Xestoso, Labrada, as feiras, as festas, os valados, as chantas, as pudias, as corredeiras, os camiños...

Gustábame pasear por Ferrol, polas súas rúas, pisar pedras vellas, admirar a arquitectura doutros tempos en cada esquina, en cada recuncho. Ferrol, onde a choiva é arte; o peirao, Curuxeiras... Si, é así: Curuxeiras cautiva.

Aquelas bicis de Ferrol.



Foto de José Carballeira.

Peirao de Ferrol. Parece que foi onte, pero xa pasaron máis de corenta anos. As bicis dan fe. E, se os rapaces se recoñecen, tamén o poderán atestiguar.

E mirar para atrás tráeme recordos. Non podo esquecer o estadio, o vello Manuel Rivera:

Un recuerdo al pasado, ilusión cara al futuro.

El Racing, ya sobrepasado el centenario, vuelve a lograr algo tan difícil como ilusionar a Ferrol y hacer vibrar a la ciudad.

Atrás queda una historia de partidos gloriosos en el viejo estadio Manuel Rivera, en Inferniño, donde jugaba y entrenaba el Racing. El recinto casi no descansaba, pues el gran Sebastián Ros se encargaba de ocuparlo, cuando estaba libre, en su labor en favor del atletismo.

Partidos trascendentes, grandes figuras —Villa, Del Bosque, Roberto Martínez— que pisaron su césped y, cómo no, grandes jugadores del Racing y del

Arsenal. Un recuerdo también para ese gran equipo, y para Bazán y la Armada por su apoyo.

Un recuerdo también para tantos jugadores vascos, asturianos y de otros lugares que, durante su etapa militar, echaron una mano al Racing; aquel Racing que llenaba el Manuel Rivera, donde vibraban las chapas que circundaban las pistas al grito de «¡Racing, ra, ra, ra!».

Aquellas crónicas de Luís Porta de la Encina, Vicentón, Teodosio Ramírez... «Ay, mi Racing, que ya marca; ay, mi Racing, qué bien va. Racing, Racing, Racing...». Y aquella alineación que nos sabíamos de memoria: Zumalave; Pepiño, Arturo, Carlos; Pascual, Aurre; Gringo, Juan, Germán, Roberto y Arroyo.

El Gato Zumalave; Arturo Otero, la torre; Pascual, el cerebro; Gringo, con sus escapadas; Germán, todo pundonor y gol; Roberto, el gran arquitecto; y Arroyo, cuyos «trallazos» hacían temblar y reverberar los largueros del estadio cuando la suerte no ayudaba.

El viejo Inferniño, el Manuel Rivera, donde resonaron las voces de Mecano, Luz Casal y Miguel Bosé, y donde se celebró el festival Ferrockterra. Al acabar los partidos, la marea verde se desplazaba hacia los bares —Hércules, Tizón, Inferniño, Stop— y luego hacia la plaza de España. Recuerdo el olor a puro y la humareda de la tribuna; las bolsas de caramelos que El Moreno lanzaba a las gradas después de recibir la moneda; la voz de las locutoras en la Torre de Maratón; el marcador simultáneo Dardo; la copa de Soberano; Pan Piana, Leche Leyma, Estrella Galicia, Comprauto... Todo forma parte de la memoria de aquel estadio.

Y los gritos de «¡gooooool!» que, cuando el aire era favorable, se oían en Canido, en las Casas Baratas, incluso en Narón. Aquel tres a uno al Deportivo en A Coruña; la cantera con Santi, Castro, Juan, Castro II, Nando, Pereira, Bastida, Arteche —mi apreciado y recordado Arteche—, Botana...; y entrenadores como el gran Satur Grech o Caeiro, que desde Faxardo estuvo a punto de llevarnos al cielo. Aquel regreso de Sants, los ascensos, la ciudad vibrando, ilusionada...

Y, en aquel momento, dando la mano a la historia y empujado por ella, el Racing, en Talavera de la Reina, estaba a punto de escribir otra gesta y de volver a

ilusionar. Y es que la ilusión, con tanta historia detrás, tiene mucho empuje. Ilusionar a Ferrol no es poca cosa.

Gracias, Cristóbal, gracias figuras, gracias por ser una familia que lucha por el Rácing, que tanto está dando a Ferrol.



Ay, Ferrol... No puedo empezar a hablar de Ferrol sin que los recuerdos sigan llegando.

Mirando hacia atrás

Estaba aburrido. —Mamá, me deixas baixar á rúa? —Baixa, meu fillo; ten coidado, non rompas nin manches a roupa, que ten que quedar para teu irmán. —Tranquila, mamá...

Baixei. Alí estaba Lolo, tamén con balón, e axiña apareceron Andrés e Pepe, o irmán do Pelado. Chamabámoslle así non polo pelo, senón porque sempre dicía «estou pelado» cando se trataba de ir botar unha partida ao fútbolín.

Ao fútbolín iamos xogar á rúa Galiano ou á rúa Pardo Baixo, preto dunha marisquería que lembro moi ben; Ángel chamábase o dono.

Pois iso: xuntámonos ao final once rapaces e botamos a partida. Como eramos impares, Andrés, o de máis idade, ía con catro —cinco en total— e no outro equipo eran seis.

O futbolín, o balón, o peón, a billarda e, cando iamos ao Campón, os xogos ao aire libre —no centro non se podía— eran os nosos favoritos.

Xogando, nun cruce que me fixo Rubén, pregunteille: «Que che van traer os Reis?». «Roupa e algún xoguete», díxome. Rubén era dos máis novos e aínda cría nos Reis; os demais seguíamos a bola e non lle dicíamos nada, aínda que ese día Andrés soltou aquilo de que «os Reis son os pais». Aínda así, Rubén seguiu o xogo e non dixo nada. Non sei quen foi, pero alguén lle soltou: «Rubén, non sexas conacho».

Riamos, xogabamos, metiámonos coas rapazas, iamos tomar unhas Fantas e sentabámonos na praza de Amboaxe, na de Armas, na praza de Sevilla... onde cadrase.

Lémbrome ben: non tiñamos TikTok, Facebook nin internet, pero eramos felices botando unha partida e xogando xuntos.

Ás veces penso: eramos felices a pesar de non ter internet, TikTok ou Facebook, ou eramos felices precisamente porque non os tiñamos e riamos e gozabamos xuntos?



Foto-creación do meu amigo Matías Massa, gran profesional da informática e do deseño.

Daquela, as cámaras eran un luxo. Quen as tivera.

Un chupito de poesía.

Néboa

*Baixa a néboa, soa, descalza,
caladiña, amodiño, leda,
espertando a mañá nas fragas;
corren as augas caladas.
Caladiña, en Xestoso a terra
esperta; a velliña, na casa;
o sol acaricia a veiga,
a corda parece espertar cansa.
E Xestoso, que do sono esperta;
saen os paxaros con trinos,
o sol lucindo na serra,*

*suave acaríña os campos,
as leiras, os prados, a terra.*



El Quijote visitó Valdoviño

No sé si lo soñé, si lo leí en algún «internetaco», entre legajos de historias del vulgo, o si lo escuché contar. Pero, como anida en mi memoria, lo cuento.

Despois de visitar Ferrus y Xemorro, de mostrar a Sancho talleres de barcos y de hablar de molinos de viento en campos y mares, don Quijote, según una crónica de Ferrol Nos Mola, emprendió con su fiel escudero el camino hacia Val de Aviño.

—Disculpe vuesa merced —preguntó Sancho—: ¿podría indicar a este caballero, don Quijote, y a mí, su escudero, el camino de Valdoviño? Venimos cansados.

—En llegando a Freixeiro, a unas diez cabalgadas, lo encontraréis: grandes tierras y mares. Val de Aviño de viejo; también así lo llamaban.

—Nobles y serviciales gentes, mi amigo Sancho. He de decirte que en Val de Aviño buscaré cobijo para Dulcinea, mi amada, para que descanse de los rigores del sol de la Mancha y de tantas batallas de este caballero.

—Y te diré, Sancho, que te buscaré una ínsula que grandes dineros y beneficios traiga, para que seas gran gobernador de las tierras de Aviño, en un caserón con grandes aldabas.

Y, llegando a Val de Aviño —Valdoviño lo llaman—, divisaron A Frouxeira. —Ahí la tienes, Sancho. Buscaremos cobijo y una digna morada para Dulcinea.

Acació que, salidos don Quijote y su fiel escudero Sancho Panza de ciertos caminos ásperos y montuosos, llegaron cansados, no sin grande trabajo y bravas cabalgadas, a las tierras de Valdoviño, lugar asentado entre verdes colinas y mar embravecido, que más parecía reino encantado que villa de cristianos.

El día clareaba cuando vieron delante de sí la extensa playa que llaman da Frouxeira. El mar, con estruendo no menor que el de cien mil caballeros corriendo a lanza tendida, arremetía contra la arena.

—Sancho —dijo don Quijote, alzando la vista—, ¿qué te parece aquella armada de caballeros encantados que, en blancas lanzas de espuma, vienen a nuestro encuentro? ¿No ves cómo las ondas se alzan cual pendones de batalla y cómo sus bramidos no son sino clarines de guerra? Nuestra llegada aclaman. Mas mira, mi Sancho: al frente de esa armada se alza un gigante oscuro; las olas lo señalan.

—Si vuesa merced llama caballeros a las olas —respondió Sancho—, yo digo que mejor fueran pescados, pues harto provecho sacaríamos si se dejaran asar en las brasas.

Mas don Quijote, con los ojos encendidos, enfurecido y con la lanza en ristre, dio algunos pasos hacia la mar, presto a desfacer aquel ejército espumoso y embravecido. Si Sancho no lo hubiera detenido tirándole de la manga, quizá se habría arrojado contra todo el océano, lleno de pescados.

—Perdone, señor —dijo Sancho—: no es gigante al frente de ejército líquido, sino lo que Percebelleira llaman; y, detrás, sus aguas. Nada de ejércitos: solo aguas, incluso aguas de remedios que, según cuentan, dolores calman.

De allí caminaron hacia Meirás y, en lo alto, divisaron cierta torre que era faro de la costa, cuya luz servía a los navegantes para guiar sus naves y evitar naufragios. Don Quijote, sin embargo, estuvo a punto de arremeter contra la torre, lanza en ristre.

—Ved, Sancho —dijo don Quijote con voz grave—, aquella fortaleza almenada donde, sin duda, se guarecen los enemigos de nuestra fe.

—Es menester acometerla presto, no vaya a ser que con sus artes diabólicas prendan a doncellas cautivas o roben la honra de la comarca, la belleza de Valdoviño y la magia de sus aguas.

—Señor mío —replicó Sancho—, aquello que vuesa merced ve con tanta sospecha es obra de buenos principios y mejores marineros: con su luz salvan vidas, orientan barcas y evitan embestidas contra las rocas. A fines nobles sirve.

—Acordaos de que más provecho nos haría hallar posada con cama blanda y pan tierno que buscar pelea contra una torre que ni responde ni se defiende. Y a mí, don Quijote, los efluvios del hambre me revuelven el estómago; mi garganta necesita librarse de telarañas después de tantos días. Repongamos fuerzas y, luego, volvamos al Toboso a buscar a vuestra amada.

—Bien decís, Sancho. No olvides que este caballero pagará tus servicios: no son solo palabras. Serás gobernador de Val de Aviño; noto tus ganas. Ahora vamos a buscar posada, que he oído hablar de una Torre, de la Fonda del Gitano y de la Casa de Robles, lugares de buenas viandas. Vayamos presto y matemos el hambre.

—Y mañana, ya dormidos y con desayuno generoso, cogeremos las armas y rendiremos pleitesía al que alcalde llaman, un tal Albertus, según dicen. Que nos dé ceremonia y, si puede, posada; que organice la acogida de este caballero como corresponde en tan gran casa.

—He de buscar casa y fonda para mi querida amada, a quien Dulcinea llaman. Valdoviño es tierra de descanso: paremos las batallas y, después, emprendaremos camino en busca de mi amada.

Y así fue como don Quijote conoció Valdoviño, entre legajos, «internetacos» e historias escuchadas. Yo mismo ya dudo, mas digo verdades; de fechas no hablo.

Le cautivó Valdoviño, y A Frouxeira, su playa. ¿Trajo a Dulcinea? La historia no lo aclara. Removeré legajos hasta encontrar una verdad clara. También trataremos de saber si realmente sucedió o fue un sueño; quizá en otro capítulo, con menos palabras.



E, preto de Ferrol, Pontedeume: mar, peixes, mariscos... Sinda, unha peixeira que vendía o peixe casa por casa por moitos lugares de Neda —Santa María, Os Pazos, A Mourela—, levaba na cabeza un «molido», como lle chamaban, para aliviar a presión do peso da cesta, e percorría os camiños ofrecendo o peixe.

Peixeiras, merecédelo

Hai acontecementos e situacións que case temos esquecidos e que, de súpeto, resurxen por algunha circunstancia.

Así me sucedeu hoxe e, por estar de actualidade, vouno contar. Eu era un neno ou rapazolo de nove ou dez anos. Vivía nun barrio de Neda, Os Pazos, afastado por unha pista de case tres quilómetros do centro da vila.

Eramos seis fillos, contándome a min, e Carmen e Pepe, meus pais, procuraban darnos o mellor. Cando se podía e viña a peixeira —Sinda lle chamaban—, miña nai compráballe algo. Sinda chegaba de Pontedeume cun paxe de peixe, paxe ou cesta, e subía a costa cara aos Pazos co cesto na cabeza, apoiado sobre un «molido», un pano envolto que amortecía o peso. Normalmente levaba sardiñas ou xurelos, que era o peixe que máis vendía.

Así percorría os camiños dos Pazos e a xente preguntáballe: «Que levas hoxe, Sinda?». «Levo sardiñas, parrochas e algo de xurelos». «Serán frescos?», adoitaban dicirlle. «Muller, ti xa me coñeces; sabes que eu levo peixe fresco».

Axudábanlle a baixar o cesto —ou lote, que tamén lle chamaban— e viña o regateo entre Sinda e a clienta ata que pechaban o trato.

Vén isto a conto da homenaxe que o Concello de Pontedeume fixo ás peixeiras, que con tanto esforzo achegaban o peixe aos fogares, humildes fogares naqueles tempos.

Tempo despois, xa traballando e tendo un compañeiro de Pontedeume, un día saíu o tema das peixeiras. Eu estaba a piques de contar a historia cando el me preguntou: «Sinda, chamábase?». «Si, como o sabes?». «Era a máis popular de Pontedeume», díxome. Xuntos comentamos o duro que era ir vender o peixe porta por porta. Incluso creo lembrar que algunhas peixeiras viaxaban enriba, nunha especie de «vaca» do coche protexida por un pequeno pechaventos dianteiro: por unha banda evitaban o cheiro no interior e, por outra, gañaban espazo.

Un recordo e unha homenaxe a aquelas peixeiras tan sacrificadas, que facían un traballo imprescindible achegando o peixe a cada recuncho dos barrios e das aldeas.

Un recordo —quizais un DEP, oxalá que non— para Sinda e para as outras peixeiras de Pontedeume.



E un desexo que latexa en min: o coidado da ría, esa ría á que Sinda e outras peixeiras tamén ían coller marisco, ameixas e berberechos coa subida da marea...

Cuidemos la ría

La foto muestra lo que fue la playa de A Gándara: un bar a la entrada, casetas en fila para cambiarse, sombras, campo, meriendas y baño. Y, en la ría, almejas, mejillones, chocos, jibias... Remábamos desde A Gándara hasta la llamada Punta de los Moros, en la otra banda, y también la cruzábamos a nado.

Después llegaron los rellenos y el polígono industrial; se perdieron espacios de marisqueo, casitas junto a la ría, el trabajo en barca y a pie, la Finca dos Frailes y aquellos merenderos improvisados sobre el campo, limpiando maleza y tojos. También se perdió la posibilidad de bañarse allí, en agua limpia y controlada. En algún programa político se llegó a hablar de recuperar la playa de A Gándara; yo siempre pensé que haría falta, además, una comisión ciudadana que mantuviera viva esa idea: «Recuperación Praia de A Gándara».

Algo parecido ocurrió con Copacabana, en Ferrol, con la zona de As Pedras y con otros rincones. Menos mal que el Matadero desapareció. La sensación, sin embargo, es que vamos perdiendo la ría metro a metro: su riqueza y el sustento de peces y mariscos. Se está muriendo poco a poco.

Ir a las piedras de Caranza a coger sargos, fanecas o camarones... Es un recuerdo bonito, como tantos otros que cabrían en estas páginas. Defendamos la ría.

EPÍLOGO

Flashes, pinceladas dun neno de aldea: quixen recollelos neste libro, que nace con cariño, con agarimo e con tenrura. Son vivencias dun neno de aldea.

Este libro nace con vocación de diálogo y testimonio. No pretende fixar dogmas ni dictar doutrinas, sino compartir caminos, transmitir vivencias y recordar que la vida es un viaje sin ensayo previo. La psicología y la antropología nos aportan luz para comprender el alma humana, pero son el afecto y el respeto a nuestras raíces los que dan verdadero sentido al viaje.

Con la psicología y la antropología por bandera, no puedo evitar recordar a un gran antropólogo, estudioso de Xestoso, en Monfero. Xestoso en O Alto e O Val: el Alto de Xestoso y el Valle de Xestoso.

Yo quise, humildemente, profundizar en el alma de Xestoso y de sus gentes. Lo hice con lo que podríamos llamar gotas de rocío: escritos sobre las personas, el lugar, el clima, la tierra, as camposas —campiñas, en castellano— y las fragas, grandes extensiones de árboles autóctonos, «árbores da terra», como se dice en gallego.

Esta é a alma de Galiza, de Xestoso, de Labrada... Toda Galiza cautiva, engaiola. Ai, miña Galiza; meu Xestoso, Neda, Labrada... Árbores, campiñas, prados, fontes, cordas, leiras, esquilóns, campás, tabernas, chourizos... Que bonitiña es, Galiza.

Grazas a todos e a todas; grazas por coller nas vosas mans este libro, o primeiro que escribo desde a miña alma galega e con todo o agarimo para vós. Quero tamén deixar aquí unha lembranza para a miña admirada poeta Rosalía de Castro: levaba a alma de Galiza con ela e sáalle pola pluma, en cada letra, en cada palabra, en cada verso, en cada poema.

Una última ventana a la poesía

Preguntade aos namorados; eles vos poden falar de postas de sol na Frouxeira, de paseos cara ao mar, de estrelas sobre A Percebelleira, de soños e de camiñadas á beira da auga.

Fixádevos ben. En segredo volo digo: Valdoviño é místico, cautivador, gardián de segredos e testemuña de caricias e de amores.

E un segredo quero contarvos, un segredo certo. Podedes ir comprobalo:

Á noitiña, cando cae a noite en Valdoviño, as estrelas discuten e pelexan polo mellor lugar: A Percebelleira, o faro, as olas... Todas queren namorar e ver as bágoas felices das noivas mirando o mar. É verdade: mira as estrelas pola noite en Valdoviño e verás que todas queren que as mires, ou que as miren os namorados.

*A luz suspira en Valdoviño,
as estrelas vano alumar;
pelexan por estar ao seu lado
á noitiña, na praia, no mar.
Praia mística, de sal e destino,
os amantes vanse encontrar;
latexa o corazón no camiño,
sós, as olas, soñando no mar.
Praia de namorados, eterno fogar,
promesas de sonhos, suaves caricias;
as estrelas, testemuñas, alí onde está o mar.
Entre nubes, caladas, os miran;
son os noivos que van namorar,
á noitiña, calados, testemuñas:
a lúa, as estrelas e o mar.*

Quiero, si es que esas lágrimas que quieren brotar de mi alma, de mi corazón y de mis ojos me dejan, terminar así:

No me dejan: se me nubla la vista.

Gracias por leerme. Gracias de corazón, querido lector, por haberme acompañado a lo largo de estas páginas. Nos vemos en el camino.